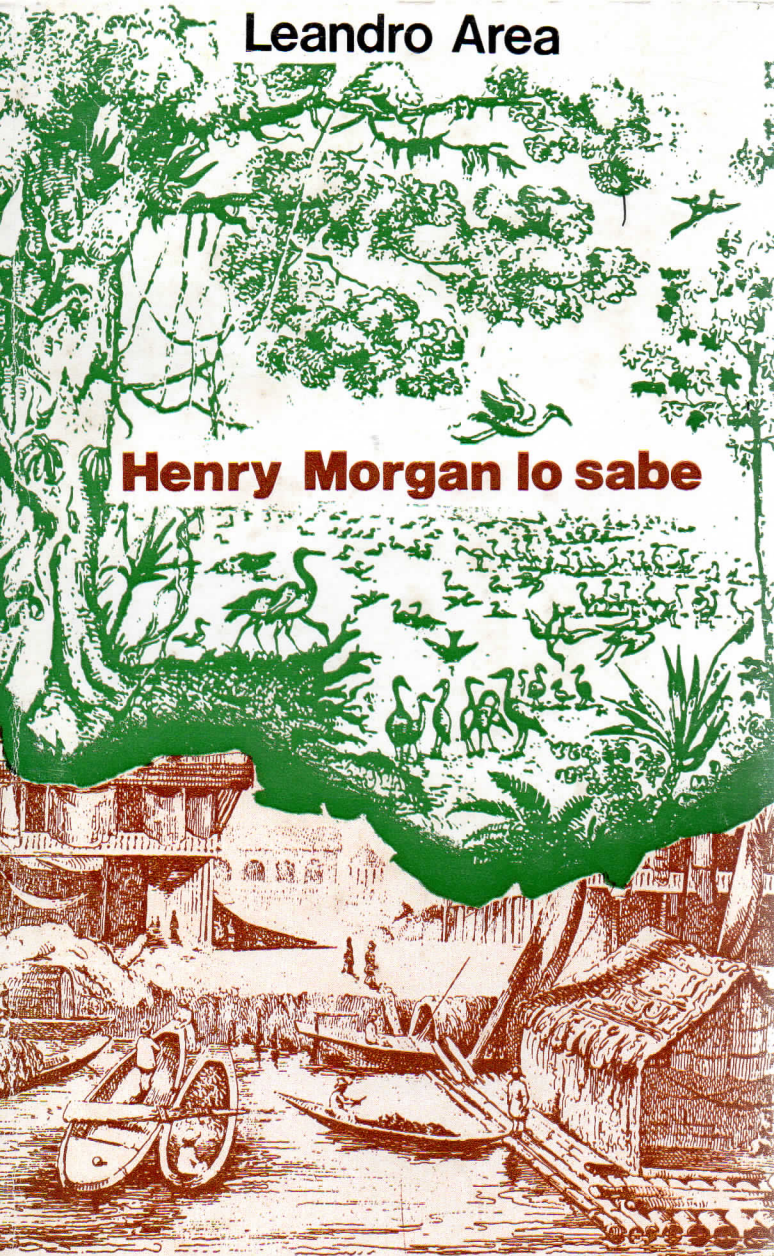


Leandro Area

Henry Morgan lo sabe





Leandro Area

HENRY
MORGAN
LO SABE



Editorial Panapo
CARACAS / VENEZUELA / 1986

ISBN 980-230-065-9

Para
Ana María Díquez



I

Ronca roca pesada



No le des más vueltas

No le des más vueltas a la tienda
que aquí no hay más desperdicios que los tuyos.

¿Por dónde entraron con aquella cabeza polvorienta,
peritos en maldecir temores y olvidarlos?

¿De qué lugar fueron apareciendo
todos los rostros que no vi penetrar
a lo que yo calculaba mis murallas
y que hoy se sientan en mi casa,
escupen en el piso aduciendo sequías
arrastran sus epílogos por mis rincones
usurpan telarañas
insultan el olfato?

¿Quién cambió mis fronteras?

Allá tus nietos
los tuyos del entrar al mundo empecinados,
en cabriola,
para no darse cuenta de la rabia.

Prescindir del ojo abierto a la llegada,
como si no nacieras.

Pero embustes.

Acá todo se sabe desde antes;
levantarse en dos extremidades
como si eso nos alejara de la tierra.

Tuyos los desperdicios de otros.

Para otros las mismas predicciones.

Tatuajes clandestinos
que vas cargando a tu pesar
como una pierna o una mano
lentas, mías.
tuyas. Da lo mismo.

Tiempo

Tiempo: irremediable misterio de infinitos cajones.
El reloj es un truco de olvido,
más transparente que una ventana fuera de sitio,
en lugar de un techo por ejemplo;
un ataúd,
un niño que ve pasar un tren,
donde su madre se aleja, rugiendo,
un cuarto y aquella precisa mujer:
amor sin trastos por vez última.
¿Por qué siempre una caja?

Los pianos nunca han escrito sus conciertos.
Larga travesía del hombre
que turista persigue la verdad en la escena.
Comentarios de manos
humo para distraer las miradas de acecho
corbatas que no combinan con la historia
pañuelo con pudores ajenos
música que transporta
camión destartado en medio de una larga
[autopista
sin abrevaderos mínimos.
El tiempo sin sangre: nosotros ambos.
Se pierde lo eterno: se descubre el tiempo.
Infinitos misterios dentro de ese cajón, soldado,
vigilando, implacable, mudo, sordo.

Ronca

Ronca roca pesada
iluminada en lo más oscuro
de vuestra sangre seca.
Madriguera del tiempo
con que en la playa un niño juega
como sabiendo su destino de piedra
como el tuyo, piedra.

Pesada piedra,
pasada, pisoteada.
Posada donde se entra
para descubrir tu voz desnuda.
Quimera acorralada,
vientre del mundo,
la tierra te ha gritado,
esculpido,
más allá del silencio
que predicas
más allá del silencio
que pareciera ser tu sino.

Te golpeo
cada vez que paso a tu derecha,
a tu izquierda.
En tu centro me persigo
a mí mismo,
a lo que estas murallas
de hueso y carne
no me han dejado ser:
Ronca roca pesada.

El guerrero

Abruptamente se presentó callado.
Sin mirar de costado como siempre
y casi golpeando de frente con los ojos
no encontró sino el asombro de su escudo
reflejado en la sombra.

Fue allí, en la precisión de aquel instante
que inicia la costumbre de caminar solamente
de espaldas intentando
el camino de regreso a los primeros pasos
para escarbar en el acto de sus propias raíces,
lo aún no recibido,
lo hasta ahora vedado.

Ya, a esta hora, frente al vencido no recuerda
ni que el futuro existe
y menos que muy pronto
tal vez,
se trocaren puertas casuales o buscadas
que le permitirán,
abruptamente,
sin mirar de costado como siempre
y casi golpeando de frente con los ojos,
no encontrar sino el asombro de su escudo
reflejado en la sombra.

Teje

Nunca esperes que desde el otro lado del camino
alguien alguna vez te diga que la ruta está abierta.

Mira bien delante de tus huellas
y recuerda como aquél que tiene tras de sí
el polvo de las noches sin sueño,
que la pálida oruga teje su muerte sin saberlo.

Las sombras jamás mienten,
la contorsión es otra treta de su estilo.
No finjas el regreso
pues el sosiego no está sino detrás
de la muralla
que nunca encontraremos.

Alrededor del mediodía

Cuánto pesa este sol de mediodía.
Se detiene el tiempo en relojes distintos.

Vuelo de águila veloz
sobre calles sin sombra.

No hay refugio
y se revela la desnudez del armisticio.

Pesados gabinetes llameantes
murmuran fríamente
y vahos de una ciudad vencida
penetran la claridad de las vidrieras.

Alrededor del mediodía:
residencia y exilio.

Planea una nube

Hago de hombre
y cada vez menos sé donde está mi lugar,
enciendo la lámpara que se acuesta en mi mesa
y es otra la luz que se derrama en un lugar que
[desconozco.

Doy de golpes a una pared y se abre la llave del
[agua.

Entono un grito y me ofrecen un carnet especial
[para las despedidas.

Pellizco a mi mujer y me habla del perro que ladra
[por las noches.

Miro la fuente seca recién inaugurada
y el reloj me dice que no es la hora
en que ayer tenía que darle de comer a los pájaros.

Así se ha movido el tren desde que viajo en árbol.
Los requisitos para ir a la guerra se basan en el
[principio
de que hay que tener un agujero de antemano en la
[espalda.

Casas con goteras. Población de tapias.
"Aquí no se cura a los enfermos, ni aquí",
dicta la inscripción en algún lenguaje que no
[entiendo
del hospital que nunca he visto.

Toco la puerta de la sacristía y me dan el teléfono
de un prostíbulo para vegetarianos.

Me torno tacaño para llenar mi formulario
e invento labios para alimentar perisodáctilos
caminando a medias para no desgastar mi sombrero

[paisano.

“Hablemos de mujeres” dice mi compañero eunuco
mientras revisa cuidadosamente su meticuloso traje

[de hilo,

tal vez un poco largo de mangas.

Rugen las tripas del mesonero que pregona la

[próxima asistencia

del que hace el milagro de la multiplicación de las

[hamburguesas.

Se alegra el perro sin cola y la señora aquella,

enamora a las moscas que en su plato

celebran el cumpleaños de alguien.

Camino de donde para cuando y no recuerdo la

[marca

del cigarrillo que no fumo.

Prendo la noche y no aparece el día.

Despierto y resulta que el mundo está durmiendo.

Se abre un baúl y no aparecen sino fotos futuras.

Registro mis bolsillos y surge una llave de quién

[sabe qué puerta

que debo soportar como posible.

Planea una nube.

Probablemente.

Máscara

Equilibrista de la fe
y acostumbrado a la peripecia de la duda
oyó el gemido de la máscara
que clavada a la pared de enfrente,
soñaba.

Doble tez que pesas en el agua.
Más que una cara más,
su máscara, encontró, para olvidar el miedo,
la fe y después la razón,
la cruz y más tarde la máquina,
el círculo, el encierro.

Así están,
espalda a espalda
empujando hacia el mismo lugar,
tras ellos mismos,
y no llegan:
la cáscara y la máscara.

Barco de sueño

Pasajeros del sueño
en un barco
llevado por el viento
en busca de la región perdida.

Puertos, rostros, ciudades,
todo hemos conocido,
bebido,
amado.

Al regreso,
lastre callado,
igual,
como el día de huirnos.

No hay equipaje alguno.
Fácil quedó flotando
entre las olas.

Al final
respiran las manos,
el aliento,
este grave cuchillo de nostalgia
que corta la espesura del aire
para hundirse en la orilla.
Como inventando anclas.

En ese tacto

En qué preciso instante tomé mi decisión
si es que fui yo quien la adhirió
y si fue así cuan poco la estimé.
Que desperdicio.

Pero si todo se desplaza
sin el mínimo trueque,
apuraré las riendas
hacia ellas saben dónde.
Declinaré perfectamente,
plancharé el mejor de mis trajes
para ese compromiso acorralado
para ese experimento que acepto plenamente
para esta vocación premeditada.

Personalmente quedarán a mi cargo
la detallada escena,
los más íntimos preparativos,
los invitados gustosos
que no esconderán los ojos ávidos
al momento del salto,
a la hora de develar
la decapitada estatua
de lo que fue mi otro paso tras la vida.

Si algo me justifica
es ese tacto.

Henry Morgan lo sabe

Henry Morgan lo sabe:
esta gente no recibirá nunca una carta,
astillas náufragas o saludos de lejos,
catalejo de alguien después del mar
con el que deletrear esos fingidos disparates,
carea de sus ancladas obsesiones.

Arrecifes aquí todo lo encallan,
rudas piedras de años hechas,
afiladas aristas disfrazadas
hunden, antes de ser tramadas,
venganzas sucursales.

¿Qué mejor espada que una isla?

Pirata puntual,
con su olfato de pez en tierra
aceptó el sótano húmedo
donde esconder botines para nadie.
Barbas peinadas y deshechas
sombras más lentas que una noche en vilo
ventiscas de pólvora
cicatrices de nácar
aljibes llenos de rencor en oro
ron para broncearse adentro
océano hasta nunca
cosechando a ratos esperas bizcas
astrolabio febril

cocotales serpentinos
como traiciones que ya no pueden ocultarse
Panamá quemada
Nerón sin puerto
viajando hacia no importa,
en isla.

II

Los barcos íntimos

Poesía

Poesía

para herir mis cavernas
recopilar las huestes,
hecha para hacerte,
simplemente asirme,
poesía.

Para salvarme

de la meticulosa araña
que nos teje

para encontrar el aire
que me rescate de la muerte,
para permanecer de alguna forma
en tus símbolos,

en tu frontera,

oscureciendo lo que pareciera ser claro,
saltando sobre lo que no estuvo dicho

para encontrar
más allá del reloj

y del que no regresa,
lo inefable.

Para decir mentiras como éstas.
por hacer algo.

San Luis - 1950

Vieja casa de la lejana infancia,
por más que sea,
no debiste venir
a caminar descalza
sobre tus habitantes desterrados.

No estabas obligada
a descorrer los velos
que uno cose.
No debiste pisar
sobre mis sienes
con tus pesados anaqueles
repletos de circunstancias desgastadas.

Pudiste ni siquiera preguntar por la cosecha
no avisar que nada más era el destierro
y que hoy regresarías
a cobrarnos las deudas.

Pasión por la ternura

Si el tiempo lo permite
cerraré la boca a la ternura;
le pondré su bozal más ajustado.
Tomaré sus manos,
cuidando que las uñas previamente limadas,
no se me acerquen demasiado;
me tenderé en su regazo,
desprevenido, casi,
tomando el pulso a sus desavenencias;
taparé ojos
para que no siga mirándome
como perdonándome la vida,
reptaré sobre sus torneadas piernas
y aparecerá según lo contratado
el velado fotógrafo
mientras intento entreabrir
ese surco tallado.
Le coseré el desvarío
en su cínica desnudez
para que se percate,
que debe recibirme a gusto
sin la hipocresía del vencido
cuando besa la mano
del que será su amo por intrigas o fuerza,
con la velada rabia
de la que sabe anhela sentirme en sus dominios.

Porque en el fondo lo desea
y no por otras exigencias
mucho más expeditas
como la hipócrita tranquilidad interior,
la beatitud, la obligación, la lástima.

Tarde

Tarde vestida casi,
de noche,
color a tierra prometida,
enseñas.

Mujeres en cinta de luz
recogen su ropaje de estrellas
y largas líneas difusas, digitales,
marcan el círculo ondulante,
que abrochado
a la arenosa esfinge carcomida del día,
rueda a tiro
de los caballos temblorosos
de cualquier sacristán encadenado
a la piedra más honda,
a la campana más alta.

Tarde cambiante, piel,
insiste a tu latido,
no tienes escondite.
Rasga esa túnica prestada
y desnuda el secreto que sombras
ese tu híbrido paso clandestino.

Los amantes

Lentos escapan los amantes
con la idea de volver una vez.

De espaldas
completan el ritual del adiós
ensayado en noches de mutuo desvelo.

Vestidos a deshora cada uno
desempacan en una previsible habitación
mil veces desarreglada en secreto.

Comienzan a vivir
lo que alguna vez intuyeron
en la tensión de un beso.

Una oscura casualidad
lo reencuentra de pie
en el ejercicio de la realidad.

Lentos escapan los amantes
con la idea de volver una vez.

Qué nombre destinó estas insignias

Qué nombre destinó estas insignias
de llamarme Leandro
con las que me desconozco
y a veces me arrepiento.

Qué hebra punteó la música dormida
en el resto del niño que aún arropa
la inexperta cobija que no alcanza.

Qué tributarios represados
duermen en el reclinatorio
de una vocación desconocida,
mientras la luz deambula
en su letargo de incienso
posando calambres ancestrales
sobre el reposo de guerreros sin honor
que llegan en caballos de patas azarasas
polvorientos de majestuosa virgen horadada
de quién sabe qué ausencia.

Tuerce la ruta que una vez escogí
y a costa de testigo ratifico mi horario,
espero la noche que no he visto
porque presagia el día en que quizás.
Allí rescato los intentos
aprendo a removerme,
pues todo nacimiento es un destierro,
y me incluyo en los pormenores
de un gesto que no supe
de una vida
la cual no me enseñaron a vivir.

Desconozco la moda que me guía

Desconozco también la moda que me guía,
si entró hace tiempo en desuso
o marca con sus últimos gritos
a la generación que no me permitieron escoger.

Uno se desaloja,
uno sopla el aire que le presta el mundo,
sus rincones, sus trajes, sus secretos;
su dieta de verdades,
las huellas de los antepasados
que de alguna manera nos pigmentan
y me hacen parecer a lo que soy.

Aunque claro,
no es que uno apenas sea
un montón de retazos históricos,
plato final de un recetario casual,
arruga de los tiempos.

También uno descalza el camino,
comete sus propios errores,
llora sin lágrimas prestadas,
mece su propio corazón
por ese tiempo que nos alquilan de vida,
tiene sus hijos como flores o no
y también se marchita.

Uno no sabe por qué escribe
o más bien sí lo sabe
y por eso lo esconde.

Uno no entiende para quién escribe
y por ello se oculta con lo escrito
en alguna nostalgia salvadora.

Pero por supuesto una desgracia
no viene nunca sola;
escondites de la existencia,
arrellanamientos,
es decir,
amundos, amaños, asolos.

Modas...

Ajes

Tercos por estar muertos,
no conformes con el embalsamamiento,
aspirantes inválidos al olvido,
con palabras se revuelven cenizas
a pesar del lodo de los tiempos.

Papeles achacosos, ajados,
hipos de la memoria,
ensayan el tosco remedo de sus vidas:
Una proa averiada,
un cincel defendiendo el mármol,
el indulto escrito a media noche,
pero quién no es el taxidermista de sí mismo.

Crujen el innombrable talle,
van y vienen sin encontrar el ansiado tropiezo
persiguiendo el cuerpo que perdieron
a costa del presumido anhelo
de dar vida a lo inerte.

Sus vidas también son un invento,
pero ¿qué no lo es?

Como nosotros

Sepultados a la sombra de la Academia Palatina,
Pipino, hijo de Carlo Magno, y Alcuino,
preceptor y amigo,
discurren sobre las formas del silencio.

El joven insiste luego de un largo mutismo:
“¿Maese, qué es la escritura?”

y aquél que observa las hormigas sin tiempo

[responde

“La conservadora de la ciencia”

“¿Y la palabra, maestro?”

Alcuino que ve el puñal de su cinto
sin dudar alega:

“La traición del pensamiento”.

El texto ha cancelado la memoria.

Por qué en vez de escribir no digo,
bailo o callo sin sentir disgusto o pena.

¿Por qué nos duele tanto Alejandría?

El libro es una ilusión occidental contra el olvido
objeto ritual frente a la muerte.

La claridad o el hermetismo nada tienen que ver
pues a pesar de que lo uno sea falta de pericia
y lo otro fatiga disfrazada,

son velos de estación

estilos de juego,

métodos del refugio,

afluentes de la misma pasión:
decir al mundo
para quedarse en él.

“Como nosotros”.

Tanto en vida

A Don Luis Fernández Prieto

Ya tanto en vida
se asoma a su pasado
donde borrosos destacan
paisajes aprendidos de memoria.

Se vacía por ese túnel
curvo en sombras
y días limpios.
Ningún momento espectacular.
Facturas que se pasean por los días
como las manos de un pianista,
teclado lleno de gestos tácitos.

Pero también la niñez, la juventud,
y después el hombre
tramando peripecias
con pequeñas semillas
que van haciendo esfuerzos
en la desnuda tierra del mismo hombre.

Y ahora,
de nuevo largo en vida
trepas sobre sus apatías
por entre los achaques
y siente el mismo fervor
de los primeros pasos.

Así tal cual se reconoce
en idéntico hueso,
en sintonía con su vieja médula
y como una torre blanca insiste,
se concede al destino
y se intuye desde el niño
que mira por el otro extremo
de sí mismo.

La loca

La loca camina por la casa en sombras
tentando la llama de la vela más alta.
Sin sobre tras, una carta amarilla se tropieza a su
[mano.

Los pliegues de la frente son como hijos rotos.
Maldice tercamente el fin de la noche
y no deja de caminar en círculo
persiguiendo la forma de la luna.
Perros lamen y siguen
por largas calles de ciudad
que cada día es otra.
Estar perdido es ya un hábito que no rasga.

Algún recuerdo roto, cosido a un pedazo de otro,
le hacen soplar algunas conjeturas
que permiten pensar que la presa está bien
[enganchada
a la traición de aquel anzuelo desgastado
que todavía lastima.

Salta el muro y lanza piedras a la escuela de niñas.
Se desgañita para que sepan que está viva
y levanta faldas para mostrar sus desamores.

Javier Solís

Fue el mejor simulacro:
ocultarle de cura en las películas.
Eso no le interesó a nadie
hasta que lo supieron con el hígado roto
como Tito, el Rodríguez,
o los amigos de Chicharrita
allá por Panorama
oyendo a sus antecesores
quizá más prósperos
menos enfermos por ese destino del bolero.

Lo convirtieron en ídolo
para burlar que lo que él asumía
era la vida misma
sus encajes, sus dosis.

En un aparato transistor
lo escucha apenas,
algún recluta fronterizo
rapado de trayectos
con unas iniciales tatuadas en el brazo.

Y esa su voz por dentro
que no habla.

Ayer salí a buscar tus huesos

Leonardo da Vinci
ayer salí a buscar tus huesos
soberbios y extraviados en algún zigzag del Monte
[Albano
donde decidiste morir en exceso.

Ya eso lo conocías.
Lo escuchaste por boca de tus muertos
que en la morgue del Hospital Santa María,
maldecían absurdos ante lo empecinado de tu rastro
encerrado entre irremediables barrotes infinitos,
tu número y destino.

Nunca se supo qué te cegaba más:
La luz que desconcierta
o la sangrienta luna que caía
y que halando, pesada aún insiste.

Por ahí se te piensa
averiguando triángulos
con los que necio
ordenarle un esqueleto a la eternidad.

Relojero,
Tic-Tac sin tiempo,
¿De qué barro estás hecho?
¡Habla!

Almohada inútil

A José Antonio Ramos Sucre

Destino lúcido,
murió de sueños.
Nostalgia del sabueso que pierde el rastro.
¿La luna?: una blanca sábana planchada.
Almohada inútil,
pasos que van y vagan,
testigos cambiantes
y quejas de pared a pared
contigo mismo de vecino.
Perfiles de ceniza
instalados en el fondo sin fondo
de aquellos trastabilleos presentidos
en escaleras carcomidas de huella reincidente.
Insomnio: polizonte eterno.
La ventana entreabierta
cosió el camino.
Por allí te fugaste persiguiendo,
con una lámpara en la mano,
algún residuo primitivo
del tiempo que nunca te encontró
o a la inversa.

Sin resistencias

A Charles Baudelaire

Inclinado hacia sí
viendo mirarse
no cuida su almacén
pues todo lo exterior
no es más que un sustituto
y no un mediante.

Ese orgullo de tierra
por encima de premios o fracasos
no reposa en ninguna majestad
más que la indiferencia de sentirse
ciudadano de un destierro previsto.

Quema naves y apaga precauciones
para poder seguir en la aventura
que ya lo adueña desde el futuro más antiguo.
Charles Baudelaire,
siempre en aplazamiento.

Ingrima

A Enriqueta Arvelo Larriva

Ingrima hasta el amor
se descubrió en sí misma.
Lo escondió en el entierro más blanco.
Dejó el rostro a la deriva
para doblar la desnudez del hallazgo.
Probó de tal manera que pareció trocarse
en la distante ingravidez
de la montaña más lejana.
Hubo de ser una tan débil línea
en espacios abiertos y flagrantés
que prendió su tono como una duda
en un lugar en que lo llano afirma y desenlaza.
Buscó callar lo que al decir ungía,
y se hizo madriguera
donde arriesga encontrarse.

Más que una ausencia

A Franklin J. González Nieves

Sé que con apurar estas piruetas
no se pierde la rabia,
no se aprende el olvido.
Únicamente se detiene la hoguera
la oscuridad se inclina
se engaña el desaliento por momentos.
Y así más que una ausencia
eres la voz callada que está allí,
una boca amputada
en la región perdida,
la difícil y entrelazada disyuntiva
entre la espera y el silencio.

El gato

Aparece el gato y se hace la noche.
Búho de cuatro patas
se sumerge en sus vidas pasadas
y recorre sus accidentes ancestrales
destacando en su sueño o vigilia
la escondida ambición por el agua
donde juega el pez que lo profana.

Al regresar su sombra se sabe que es de día
se construyen hogares,
almohadas, leche, hilos,
los rincones tranquilos,
los ratones, los pájaros,
como una obligación firmada en un contrato.

Cuando se sienta el gato
a escoger al esclavo que se creará su amo
se desvela la trama
que él tanto ha repetido.

Si no, miren sus ojos.

El Avila

Esa larga ansiedad,
esa separación
que rueda al mar de un lado
que ve la tierra plana por el otro,
nos observa callada,
nos escala.

Esa alta predisposición a las aves,
esa frontera,
es tan verde, tan blanca,
tan azul, tan oscura,
que posa en lo impreciso
de su pasión ambigua,
su pesada ilusión, sus curvaturas.

Esa mujer peinada de ciudad,
de oscuros agujeros mojados
de senos maternos
de abrazo interminable
nos conoce la historia.

Si no fuera por ella
seríamos más pequeños
con menos horizonte hacia lo alto.

Amigos

Allí los dejé.
Eramos viejos compañeros de juventud
que se reunían
después de tantos años
a desandar el tiempo,
recuperar los pasos
de la deshilachada inocencia.

Altos muros, excursiones furtivas,
livianos éxitos y fracasos,
noviazgos, serenatas
y todo lo que formara parte de la noche,
llenaban con su música
el cuadrilátero de una mesa
repleta de copas
que ayudaban al sortilegio pasajero.

La despedida fue más que larga.
Planes de reencuentro,
teléfonos que sabíamos no sonarían jamás.
Cada quien anduvo con su noche.
Yo iba con lo mío a costas
recordando el paraíso perdido
el único que existe.

Es el árbol el que arropa la tierra

No es el pájaro el que tiembla en la hoja.
No es la hoja la que late en la rama.
No es el viento quien pulsa el tallo.
Es el árbol el que arropa la tierra.

Enseña sus insignias
purgando sus accidentales señuelos.
Recauda sus prisiones
en esas estadías temporales
confinado a dar vida
aunque perezca en la cosecha
dilatando el sorteo
de sus trámites de hierba solapada.

No se sofoca cuando calla.
Disfraza ese silencio en ave.
No se cancela en la fortuna de la hoja.
No se soporta en la cadera de sus ramas.
Se cultiva en su obeso celibato de grieta
en su amor allanado por la nube más alta.

Siguen gobernando

Compinches se agolpan bajo un tragaluz blindado.
Cívicos ciudadanos urbanos
peatones de a domingo
dizque certificados, diplomados,
cosméticos habitantes,
hatajo ondulante y opaco
adulan moribundos para recibir sus herencias
clavan puñales de segunda
y mientras el muerto abre la boca
se esconden tras camisones valentones.
Siguen gobernando, mandando, decidiendo.
Planificadores de utopías, de vías, de proyectos.
Insisten en el letargo,
hacen bulla en las plazas,
adulan el oído, la triste condición,
ofrecen bagatelas a cambio de canas,
letras históricas,
y así vamos,
escogiendo el color del sepulcro
libremente.

Ese antifaz

Ese apodo que nunca dejó de ser tu antifaz,
oblicua carambola con la que llegar sin decirte,
de sentarme a tu lado
confiado en no estorbar el lado derecho de tu pelo,
tu reajo afilado,
cuchillo salido de un presunto secreto
gris y certero,
pirueta que era llave maestra,
pues me alejaba del ahora,
fracción detenida del curso de las cosas,
templo sin visitas ajenas,
puerta por donde entrar sin que me vieras,
fue talismán
con el que cocinar un buen plato de vida,
tocarte con las manos
y masticar el tiempo que no importaba para nada.

Al mediodía,
por esas casualidades de una libreta abierta
supe tu nombre
y descubrí
que no era yo el que estaba contigo
ni tú la del apodo.
Era otra cosa.
Así no más.

Huella primera

Consagra la vista una mirada desde el campanario
que los amantes no llegarán a oír.
Se pasean sin importar,
no reclaman sentido
o saldos.
Bastó el labio perfecto, dejándose,
sin traducciones,
en paz y guerras.
Intermitencias que se complementan
que se ventilan
que se cosen
para luego separarse en desgarre
y quedar
hasta que en otro nuevo desamparo
se procure el inicial respiro
que se cuele por entre la vida recorrida
incitando comparaciones
aromas que sin tesón se evocan
sabores que la memoria no cambió
porfiado paso que persigo
huellas primeras que dejé y me dejaron.

III

Astillas náufragas

En claves

En estos pretextos hablé de mí
y no del otro.
Del tartamudeo
de los instintos
que trepan el espinoso farallón
de este tiempo sin épica que nos toca vivir,
acurrucados,
como un rostro sin tema,
borrado,
por ahí,
sin claves.

Otros

Una tarde cualquiera
tu otro
y mi otro
se sentarán a conversar de nuestras vidas.

Nosotros habremos quedado vacíos
sin más destierro
que el de no tener nombre
ni recuerdos.

Ese nuestro ahora sin huellas
que es como no tener pies
ni uñas
ni sueños
y saberlo.

En espera de olivos

La tarde se desnudó de gris
para nombrar la lluvia.
Aplazamientos de sequía
humedecen clavijas invisibles
con las que ya se vaticinan
el paso de alfiles y caballos
que enarbolan ajedrezados estandartes.

¿Cuándo fue que ganamos hábitos de jaula,
dónde aquél espacio más allá,
cuál el cuchillo que cortó la vena,
de quién la mano que agotó el fuelle?

Esta alergia reside inmune desde nuestro primer eco.
Interrogación de la permanencia
que atina a lo único:
esquivez a las capitulaciones,
andamiajes de vida,
gotas que pugnan por aguar lo reseco,
en espera de olivos.

Cuando de paso estés

Cuando de paso estés, no te detengas.
Hazlo como quien sabe de antemano
que un nido es una huella que se borra.
Ten el coraje de no arrancarle la suerte
a lo próximo.

Abandónate así
sin que la dejadez invierta en entredicho
tu responsable desazón.
Paséate nada más
únicamente de soslayo
para que el otro lado de tu cara se desoriente
para que tu previsión no te acorrale.

Déjate libre,
y aprende lo que te han negado
a escuchar de ti mismo y de los otros.

Pero ante todo sé tú solo
clávalos a todos ellos en la pared
como un retrato de alguien desconocido
que te observa
y ponlos a vivir cuando tú estés allá,
en el sueño,
con los ojos a medio vigilando.
Sé como la palma de tu mano:
cruzada de secretos.

Arrópate contigo mismo.
No necesites del frío
hasta que te des cuenta de tus huesos
y comiences de nuevo.
Asómate a la gota que resbala en la hoja
que te asombra.
Guarda la claridad de la huella
que deja este tan tímido latido.
Ten el valor de no mojar el tallo
que se agota
sin destinar su presencia a nada más
que a estar allí.

Represa tu silencio
incúbalo para que no sea más que un bullir,
ahorra pasión
y no la inviertas sino en el desenfrenado trote lento
del potro que sabe que el camino es una cinta
[al viento.

Mira que todo se termina,
tal vez hasta el desierto más cenizo.
Sé río sin saberlo.
Ya mar habrá una vez.

Al cumplirse el silencio

En el momento en que llegue a mi edad,
cuando pague las deudas,
las mías y las que me calzaron
porque sí,
me dedicaré a la tentación.

Cuando estos trámites de viaje
se hayan firmado,
huiré hacia mí mismo
a recobrar lo que sobró del jaeo
a pedir lo que nadie me debe
a zarandearme sobre la arena
de la plaza más obvia
a que me vean
sin el discurso explicativo
que he aprendido para cada ocasión.

Al cumplirse el silencio,
después de cien casillas
de sellos, estampillas,
regresaré con el barco a cuevas
poderoso en tinieblas
a retozar junto a los arrecifes
sin previsión ni miedo
a reclamar el rescate
que jamás pagarán
los que nunca supieron
que yo fingí el secuestro.

Princesa de la noche

Princesa de la noche
muéstrame tus pies blancos
permíteme correr detrás de tu extravío,
que tu mano de seda no me deje,
que el olor a madera y recuerdo
derramado en el polen
que esparces y me llama,
dibuje de una vez
mi perfil recobrado
en una emoción a todo trance
en un riesgo a cualquier penumbra.

Aunque sea un instante
milita en mi premura,
llévame tras de ti, hacia ti,
sobre mí mismo,
a pesar del costo del regreso,
a pesar del frío tropical que nos espera.

Nombro y deajo

Aquí te nombro y deajo,
en revancha,
por la persecución de mis ancestros,
en España, en Cuba y luego aquí o allá
—al mediodía la hora es la misma en todas partes—
sin importar el siglo.
Te aprovechaste de la piel y del hueso,
siempre a traición,
de ese cansancio sin huellas
que no ve recompensas.
Mi abuela muerta sentada al pie de su tumba viva,
—fotos en pared húmeda—
recuerdos de trasuntos ajenos,
como sabidos,
olor a uno.

Pero aquí no te salvas,
nada puedes.
A palo te abro, a palabra
te tinto, interrumpo.
Tus hilos allí están, sí,
y a la larga sé que apretarás el cuello
Pero por ahora te nombré y deajo,
a mi gusto,
sedamente,
en brindis con los que hablan por mí,
que desconozco y envejecen conmigo,
tropezando.

Indice

I

RONCA ROCA PESADA

	<i>Pág.</i>
No le des más vueltas	9
Tiempo	11
Ronca	12
El guerrero	13
Teje	14
Alrededor del mediodía	15
Blanca una nube	16
Máscara	18
Barco de sueño	19
En ese tacto	20
Henry Morgan lo sabe	21

II

LOS BARCOS INTIMOS

Poesía	25
San Luis - 1950	26
Pasión por la ternura	27
Tarde	29
Los amantes	30
Qué nombre destinó estas insignias	31
Desconozco la moda que me guía	32
Ajes	34
Como nosotros	35

	<i>Pág.</i>
Tanto en vida	37
La loca	39
Javier Solís	40
Ayer salí a buscar tus huesos	41
Almohada inútil	42
Sin resistencias	43
Ingrima	44
Más que una ausencia	45
El gato	46
El Avila	47
Amigos	48
Es el árbol que arropa la tierra	49
Siguen gobernando	50
Ese antifaz	51
Huella primera	52

III

ASTILLAS NAUFRAGAS

En claves	55
Otros	56
En espera de olivos	57
Cuando de paso estés	58
Al cumplirse el silencio	60
Princesa de la noche	61
Nombro y dejo	62

PVP Bs: 40

ISBN 980-230-065-9

Portada:
Catherine Goalard